

se juzga en su exacto valor cuando la muerte está cerca!... ¡Si, voy á ir; si, voy á verle! ¡Quiero verles á los dos! ¡Quién sabe, puesto que soy culpable, ese será mi castigo!

Cogió del jarron veneciano, el ramo de rosas y aspiró su perfume con avidez, como si hubiera querido respirar todavía la vida antes de su último sueño.

## XIII

## Marcial Castroret.

El hotel de Farges estaba resplandeciente. Veíanse en él multitud de grandes dignatarios del imperio y aquel contrato de matrimonio tomaba realmente la importancia de un acontecimiento. La popularidad del coronel del regimiento de Bercheny, el favor que gozaba Luisa de Farges con el emperador, la nobleza del señor de Navailles, y lo extraño de aquella union entre el ex-convencional Chambaraud y la señorita de la Rigaudie, todo contribuía á dar á aquella fiesta un interés y un brillo extraordinarios.

Mariscales, damas de honor, el duque de Otranto, la generala de Berruis, Cambaceres, el señor Bernier, las señoras de Abrantés, Regnault de Sain-Jean d' Angely y muchas más recorrían los salones del hotel iluminados y rebosando de alegría. Enrique de Solignac era tan profundamente feliz que tenía miedo de aquella felicidad, demasiado completa, según decía, para ser duradera.

—¡Recordais, Luisa,—dijo á la joven conde-

sa, cuya belleza habia centuplicado la dicha,— á aquel personaje antiguo que, para desarmar la envidia de los dioses, arrojó un día su anillo al mar? A mi me sucede algo de eso y tanta es la alegría que me inunda, que temo desaparezca de repente, porque el destino tiene celos de la dicha de los hombres!

Pero una sonrisa de Luisa, una tierna y penetrante mirada, ó una presión de su mano, hacían desaparecer todos sus temores.

El doctor Dupuytren que seguía en el rostro de Solignac la huella de sus preocupaciones, se habia propuesto el vigilar al coronel.

—Una vez terminada esta crisis de felicidad —se decía el cirujano,—tendrá tiempo el corazón de descansar.... Pero de aquí á entonces la menor cosa puede ser temible.

—Y también, ¿á qué se casa? —añadía encogiéndose de hombros.—*¡Periculosa felicitas!*

El doctor habria podido tranquilizarse olvidando un momento á Solignac y contemplando á Luisa.

Esta adorable mujer parecia el ángel guardián del hermoso coronel. Habia tanto amor en sus palabras, en sus menores movimientos, que se comprendía que toda su existencia de esposa iba á estar consagrada á su marido. La más profunda abnegación se unía en ella á la adoración más completa.

El desgraciado Florival de Saint-Clair iba quedándose seco de celos.

—Tened cuidado, mi buen señor —le dijo Dupuytren;—caminais hácia la ictericia.

—¿De veras, doctor, estoy propenso á la ictericia?—baluceó el poeta asustado.

—No lo dudeis—repuso el doctor,

Florival pensó en lo ridiculo que resultaría con la ictericia, y palideció y se ruborizó sucesivamente.

No pudiendo de otra manera, se vengó con una buena frase:

—¡El emperador no ha debido hacer á ese limosino baron de Solignac—dijo,—sino baron Chambraud de Pourceaugnac!

Saint-Clair no era el único que envidiaba al hermoso Solignac, y Agostino Ciampi habia tomado sus medidas para herir al coronel en medio de su felicidad.

El italiano conocia muy bien el modo de ser del hotel de Farges: con su costumbre de verlo todo de una ojeada, no habia necesitado mucho tiempo para estudiar la topografía del hotel.

La recepción de los invitados tenia lugar en los salones de la planta baja que daban al jardín. Como en el hotel habitado por Andreina, algunos escalones bastaban para llegar al suelo, al salir de la casa. Los anchos balcones del salón eran fáciles de escalar. De un salto se hallaba uno desde el interior en el jardín.

Lo que queria Agostino era introducirse en el hotel, atraer á Solignac á cualquier habitación apartada, herirle y escapar rápidamente por la tapia del hotel contiguo, desde donde le seria luego fácil llegar á su casa. Una vez allí, como tenia su equipaje preparado y todo dispuesto, Agostino podia salir de Paris y ya estaria muy

lejos cuando Fonché y Bernier aun no habrían hallado la pista del criminal.

Este proyecto era el de un miserable loco, pero la pasión, ó mejor dicho, la rabia le ahogaba y la humillación de la derrota cegaba á Ciampi haciéndole perder los estribos. Poco le importaba lo que arriesgase, con tal que consiguiese herir á su rival. Consentía en perder la vida, con tal que pudiera apoderarse de la del hermoso Solignac. El marqués no tenía más que un temor, y era que el coronel, temiendo un lazo, no acudiese á su llamamiento. Ciampi se tranquilizaba pronto, en este sentido, pues contaba con la temeridad de Enrique de Solignac que nunca había faltado ni á una cita de duelo, ni á una cita de amor.

La señorita de la Rigaudie era muy feliz. En la pequeña salita tapizada de seda verde mar, del hotel, había tenido con Enrique una larga entrevista llena de efusión. Algo inquieta se había sentido, no obstante, viéndole colocar sobre un velador el par de pistolas que acostumbraba á llevar cuando salía, desde la asechanza de Agostino.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Armas? ¿Para qué son estas armas? ¿Qué sucede?

—Nada. Es una medida de precaución; pero hoy estas pistolas me son ya inútiles, y por eso las dejo aquí.

La señorita de la Rigaudié se tranquilizó viéndole sonreír.

Napoleon acababa de abandonar el hotel de Fargés, en el que hizo una aparición, por decir-

lo así, muy notada, estrechando la mano del coronel, besando el blanco guante de Luisa y demostrando con su sonrisa la satisfacción que le causaba aquel matrimonio.

El emperador hasta se había dignado detenerse un momento delante del anciano marqués de Navailles, diciéndole:

—Y bien, ¿continuáis regañado con nosotros, marqués?

Lo dijo con su modo de hablar claro y breve, tanto que el marqués de Navailles había quedado cortado, balbuciendo luego muy sorprendido:

—¡Este demonio de hombre!... ¡Tiene un *no sé qué!*...

—Demasiado sabemos lo que tiene: *el éxito*,—había contestado entonces irónicamente alguien, que bien pudiera ser el duque de Otranto.

Y Cambaraud, en voz alta, dirigiéndose entonces á Fouché:

—El éxito es pasajero—había añadido;—¡que tenga cuidado vuestro señor!

En el hotel todos estaban bajo la impresión de aquella visita del emperador, y la señorita de la Rigaudie se decía que su hijo era realmente todo un personaje, para haber podido atraer de aquel modo á su casa al dueño del mundo, cuando un lacayo recién entrado en el hotel, y que, por lo tanto, no conocía á sus habituales concurrentes, fué á avisar al coronel que un señor vestido de paisano, deseaba hablar algunas palabras en secreto con él.

—¿Conmigo?

—Sí, coronel. Se trata, según parece, de un asunto grave y urgente.

—¡Caramba!

—¡Por lo menos, esas son las palabras de que se ha servido ese señor!

Luisa hablaba en aquel momento con algunas damas de la corte que la rodeaban felicitándola. Solignac la miró, dirigiéndola de lejos una sonrisa, y preguntó al lacayo:

—¿En dónde me espera?

—En la salita verde, coronel.

—Bueno, allá voy.

El coronel atravesó dos ó tres salones llenos de gente que mirando á aquel hermoso oficial, con uniforme de gala, recargado de adornos, pero sin armas, se apartaban para dejarle pasar. A medida que se acercaba á la salita verde, la multitud atraída hácia el centro por el ruido, iba disminuyendo y en aquella salita no había nadie.

El coronel levantó la pesada cortina que ocultaba la puerta y algo preocupado por aquella visita inesperada, entró bruscamente.

Por una estraña casualidad, los ojos del coronel se fijaron en el velador, en donde, por la mañana, había colocado sus armas. Las pistolas continuaban allí é instintivamente Solignac se dirigió hácia ellas.

—¿Pero qué decía el lacayo?—se preguntó el coronel.—¡Sí, aquí no hay nadie!

A penas había llegado á la mitad de la pieza cuando oyó detrás de sí, crujir el pavimento bajo la tupida alfombra que le cubría.

Volvióse vivamente y vió, lívido y desecado, á Agostino Ciampi que se había pegado contra la pared para dejar que entrase Solignac y que, habiendo cerrado la puerta y echado la cortina, se dirigía á él con los dientes apretados por la ira.

Solignac, aun bastante lejos de sus armas, que el italiano, en su precipitación por ocultarse, no había visto, se consideró perdido.

Veía que la mano de Agostino tenía cogido un puñal, y se le ocurrió la idea de saltar rápidamente sobre él y arrancárselo; pero su herida podía ahogarle en la lucha, podían faltarle las fuerzas, y entonces, Ciampi le habría degollado á su gusto. Lo mejor era coger, si podía, una de las pistolas que estaban sobre el velador. Todas estas ideas se sucedían en el cerebro del coronel con la rapidez del relámpago.

Pero antes que Solignac hubiese llegado al velador, Agostino, sin decir una palabra, precipitose sobre él, cogióle brutalmente por la muñeca, y con una carcajada salvaje, comprendiendo que Solignac aquella vez no se le escapaba, levantó la mano armada del puñal y hundió con rabia la ancha y cortante hoja en el pecho del conde, hácia el lado del corazón.

El golpe había sido terrible y feroz.

Solignac, con un movimiento vigoroso, se soltó sin exhalar un grito, y tambaleándose, llegó al velador, cayendo casi sobre su fría tabla de mármol.

El arma había quedado en la herida.

Todo esto se había verificado sin ruido, como

una ejecucion. Agostino, sin esperar más, se arrojó de un salto hacia el balcon, pero al llegar allí retrocedió asustado. Detrás de los cristales aparecia una sombra que con sus robustas manos sacudia fuertemente las maderas, haciendo temblar los cristales.

Agostino corrió hacia la puerta que habia frente á aquella por donde habia entrado el coronel, pensando que por allí tambien habia salida. En el momento en que Ciampi llegaba á ella, los cristales del balcon saltaban en pedazos y una mano ensangrentada trataba desde fuera de levantar la falleba.

—¡Aquí estoy... mi coronel! ¡aquí estoy!—gritó al mismo tiempo Marcial Castoret.

Solignac le oía, pero al mismo tiempo veía huir á Agostino. El herido habia cogido con su mano crispada una de las pistolas colocadas sobre el velador, y levantaba penosamente el gatillo, porque sus fuerzas le abandonaban y se sentia morir.

—¡Esta vez—se dijo—no hay remedio!

Y sin embargo, queria vengarse, queria alcanzar al asesino. ¡Imposible! Agostino levantó la cortina y habia ya abierto la puerta cuando Solignac, moribundo, no habia podido aún armar su pistola.

Pero entonces el coronel, incorporándose, vió de repente, como en una pesadilla, una cosa terrible. Agostino retrocedia lívido y aterrado ante una especie de aparicion espantosamente bella, ante una mujer vestida de blanco, más pálida que su traje, y que en la cintura, como

una mancha de sangre, llevaba un ramo de rosas.

—¡Andreina!—dijo Solignac.

La joven habia colocado su desnudo brazo sobre el hombro de Agostino, y como si aquel brazo hubiera sido de acero, fué empujando implacablemente hacia atras al marqués, cuyos dientes castañeteaban.

—¡Asesino!—le decia con voz ronca.—¡Cobarde, cobarde, cobarde!

Trató de soltarse, pero ella hundió las uñas en la carne de su hermano.

Entonces éste la cogió por el cuello para ahogarla, apartándola de su camino y huir, pero Solignac, de pié, al fin, gracias á un esfuerzo sobrehumano, dejó caer el gatillo de la pistola que habia armado y tiró.

El italiano, herido en la cabeza, agitó los brazos un instante y cayó pesadamente boca arriba sobre la alfombra.

La muerte habia sido instantánea.

En aquel momento, Solignac, agotadas sus fuerzas sentia ya en sus sienes el frio de la agonía.

Por el balcon, que se abrió bruscamente, saltó al mismo tiempo Marcial Castoret con los cabellos erizados y precipitándose hacia su coronel gritó:

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡no te mueras!

Creia, aquel soldado, lleno de fé en su compañero de la infancia, que Solignac para vivir, no necesitaba más que quererlo.

Pero los ojos del coronel se cerraban, y So-

lignac ya sin movimiento, se habia desmayado si no se habia muerto.

—¡Desgraciado de mí!—gritaba Castoret.—  
¡Pero me lo habrán muerto de veras!

Cogió el mango del puñal clavado en el pecho del coronel y, dominado por una terrible ansiedad, vaciló un momento en arrancar aquel acero, como si al mismo tiempo fuese á privar de la vida á aquel á quien tanto amaba.

Sus dedos temblaban al contacto del arma y aquellos estremecimientos convulsivos ensanchaban la herida.

—¡Si le matase queriendo salvarle!—se decia Marcial, cuya sangre se helaba en sus venas.—  
¡Pero no; si vacilo, moriré!

La idea de que su vacilacion podia ser fatal á Solignac dió fuerzas al húsar, que, bruscamente, arrancó el puñal, mientras que una oleada de sangre mezclada con pus brotaba de la abierta herida.

Andreina, de pie, con los ojos secos, los labios pálidos y las facciones horriblemente desencajadas, pero esforzándose en permanecer tranquila, contemplaba, con la vista turbada ya, aquella escena: el soldado, de rodillas, desabrochando el uniforme del coronel y tratando de descubrir la herida por donde podia escaparse la vida.

El pistoletazo de Solignac habia resonado como un trueno en medio de la fiesta. Pasado el primer momento de confusion, todos se habian precipitado hácia el sitio de donde habia partido el tiro. Luisa acudió azorada, seguida de la

señorita de la Rigaudie, cuyas piernas se doblaban y que, medio loca de terror, exclamaba:

—¡Hay asesinos aquí!

Luisa retrocedió al principio viendo una cosa horrible: Solignac tendido en el suelo, Agostino muerto, aquella mujer de pié, parecida á un espectro, toda aquella sangre, aquel desórden espantoso y aquel elegante salon impregnado de un siniestro olor á matanza.

La señorita de la Rigaudie al contrario, se precipitó vivamente hácia su hijo y, arrodillándose, colocó la pálida cabeza de Solignac sobre su falda, preguntando á Castoret:

—¡Está muerto?

Los azulados ojos de la pobre mujer, eran más elocuentes todavía que sus palabras.

Marcial no contestaba mirando correr la sangre de la abierta herida.

—¡Un médico!—esclamó Luisa.—El doctor Dupuytren esta aquí! ¡Que venga!

Y de entre aquella multitud, salió el cirujano, apartando á los curiosos y levantando las mangas de su frac verde, se dirigió al coronel y se inclinó sobre él, diciendo á Marcial:

—¡Dejadme!

Castoret enrollaba furiosamente en su dedo su largo bigote.

Luisa seguía con la mirada los movimientos de Dupuytren, cuyo rostro permanecía impasible, y Andreina, agarrada, para no caer, á los cortinages de seda del balcon, estaba como petrificada, aspirando maquinalmente el ramo de rosas que habia arrancado de su cintura.

El terrible silencio de la habitación de los moribundos cerniase sobre aquella multitud en traje de fiesta.

Se esperaba la sentencia de Dupuytren como se espera la de un juez.

El, impasible, y con las cejas fruncidas, examinaba la sangre y el pus que salían á borbotes de la herida.

De repente se incorporó.

—¿Vivirá?—preguntó la madre con voz ahogada.

—¿Qué hay que hacer?—dijo Luisa con ansiedad.

—¡No hay nada que hacer!—contestó Dupuytren con un tono extraño.

Y mostrando un trozo de plomo aplastado que tenía entre los dedos:

—No puede darse herida más feliz—dijo,—y bien dicen que no hay mal que por bien no venga. La nueva hemorragia y la espulsion de este pus han arrojado fuera de la herida la maldita bala que amenazaba la vida del coronel. ¡Lo que el escalpelo del cirujano era incapaz de hacer, lo ha hecho la punta del puñal! Esta mañana no respondía de que el señor de Solignac tuviese un mes, ni quizás un día, de vida. En este momento puedo decir: ¡Está salvado!

—¡Salvado!—dijo Luisa con un grito de profunda alegría.

—¡Salvado!—repitió la señorita de la Rigaudie inclinando su arrugado rostro sobre la frente helada de Solignac, que oprimió con sus labios.

En un ángulo del salón, Sylvan Chambaraud escuchaba, pálido como un muerto, con la mano metida debajo del frac para sujetar su corazón y los ojos llenos de lágrimas.

—Bien operado, *pois*—dijo Dupuytren poniendo su mano en el hombro de Castoret;—lo que yo nunca me habría atrevido á hacer, lo habeis hecho vos arrancando el acero. ¡Valiente cirujano! ¡Al ensanchar esta herida, habeis salvado á vuestro coronel!

—¡Ah! ¡*padre*! si no hubiera podido salvarle—dijo Marcial,—habría habido dos muertos en vez de uno: ¡él y yo!

Entonces se acordaron de que había en la sala dos personas más. Dupuytren miró al marqués ensangrentado, pero la sentencia fué rápida:

—Este ya no existe,—dijo.

Volvióse luego hacia Andreina, pero ésta, rechazándole, se adelantó vacilante hacia Luisa.

La nieta del marqués de Navailles, miró con una altivez y una crueldad des acostumbrada á la hermana del marqués de Olona. Pero con voz dulce y humilde, voz cuyo timbre tenía algo de moribundo y desgarrador:

—Señora,—dijo Andreina,—no he venido á disputárosle... He venido á morir... Os he aborrecido... ¡Perdonadme!... ¡Que vuestro amor sea su felicidad!... La que no era digna de él, desaparece. ¡Adios!

Luisa sintió apoderarse de su alma la compasión, su mirada dejó de ser severa, y su voz murmuraba ya palabras de perdón y olvido.

cuando espantosa crisis sacudió á Andreina de pies á cabeza.

—¡Oh! el veneno era bueno,—dijo la italiana.  
—¡Lo habia preparado un Ciampi! ¡Familia maldita!

Dupuytren alargó los brazos, y apoyada en ellos, murió Andreina de pie, dejando caer sobre la alfombra manchada con sangre de Solignac y Agostino, su eterno ramo de rosas.

—Estas flores— habia dicho— durarán más que yo.

Y, mientras que acostaban á Solignac en una cama preparada á toda prisa, y depositaban en una habitacion contigua el cuerpo ya rígido de Andreina, una mujer extrañamente vestida, llevando sobre sus negros cabellos unas cintas encarnadas. prendidas como si fuesen mariposas, habia entrado con la cabeza erguida, diciendo «Soy de la familia» y acercándose al cadáver de aquel marqués de Olona, del que todos se alejaban con horror, lo contempló largo rato.

Agostino, muerto, estaba horrible. Su hermosa cabeza de Lucius Verus estaba contraída de un modo feroz. La rabia de la derrota habia impreso su sello sobre aquel infame rostro. La muerte solo guarda sus respetos á los mártires de las causas santas.

Teresa, contemplándole, movia la cabeza y repetia:

—¡Es él!... ¡Es Agostino Ciampi! ¡Thevenot lo ha muerto!... ¡Sabeis por qué lo ha matado Thevenot?... Porque Agostino ha delatado á sus hermanos.

Luego sus vagas ideas trajeron á su memoria el recuerdo de Claudio:

—¡Ahora ya puedes vivir feliz, Claudio mio! ¡El ladron de tu honor ya no existe!

En los labios de la pobre loca aparecía una sonrisa de alegría terrible, la risa muda de los que sufren. Sylvan Chambaraud, que se acercó á ella para separarla de aquel cadáver, notó que llevaba colocado alrededor de su talle—¡supremo adorno y supremo remordimiento!— el cinturon de seda blanca manchado de sangre, y atravesado por la espada de *Varus*, que habia hallado en el pecho de Claudio Riviere.